

# Teresa de Jesús: el aval de la experiencia

EZEQUIEL GARCÍA ROJO  
(Madrid)

RESUMEN: Teresa de Jesús fue agraciada con una ciencia teológica emanada de las vivencias místicas y que han quedado plasmadas, en la medida de lo posible, en el legado teresiano. La experiencia constituye el gran respaldo donde la santa abulense se apoya a la hora de dar a conocer a sus hijas, a letrados, confesores y espirituales, el trato de amistad con Dios. Sus escritos son obra de una inteligencia alentada por el espíritu de Dios.

PALABRAS CLAVE: mística, experiencia, espirituales, certeza, decir.

## Teresa of Jesus: The Guarantee of Experience.

*SUMMARY: Teresa of Jesus was blessed with a theological understanding rooted in her mystical experiences, which are reflected (to the extent possible) in the Teresian legacy. Personal experience is the firm foundation on which the saint from Ávila bases herself when revealing her friendship with God to her daughters in religion, "learned men", confessors and spiritual persons. Her writings are the work of an intelligence inspired by the spirit of God.*

*KEY WORDS: Mysticism, experience, spiritual persons, certainty, to tell.*

Una de las acepciones con que la Real Academia de la lengua española define el término ‘mística’ suena de esta guisa: experiencia de lo divino. La tradición cristiana desde antiguo ha asociado ambos términos: mística y experiencia<sup>1</sup>. Nos viene a la memoria la tan sona-

<sup>1</sup> “Aunque el sentido que la psicología de la religión le asocia a la palabra ‘mística’ sea también muy amplio, lo que sí es claro es que en ella el acento recae claramente en lo subjetivo. ‘Místico’ -según una definición que se ha

da afirmación de Karl Rhaner en que vincula directamente ambos conceptos: “Cabría decir que el cristiano del futuro o será un ‘místico’, es decir, una persona que ha ‘experimentado’ algo o no será cristiano”<sup>2</sup>. Seguramente que no deja de ser un desiderátum la apuesta del teólogo germano, vistos los derroteros por donde discurre el devenir del cristianismo del siglo XXI. Por otra parte, se constata que el hombre de nuestros días está saturado de mensajes, doctrinas, discursos, propaganda, teorías, promesas, que a modo de bombardeo le alcanzan de manera permanente..., y que, por contra, le llaman más la atención los ejemplos, lo concreto, los testimonios, las vidas. Nos avisaba el papa Pablo VI, quien cuatro años antes (1970) había distinguido a la mística Teresa de Jesús con el título de Doctora de la Iglesia: “El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan -decíamos recientemente a un grupo de seglares<sup>3</sup>-, o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio”<sup>4</sup>.

Efectivamente, una de las personalidades que mejor aúnan los mencionados términos, es sin duda la carmelita Teresa de Jesús. En ella se dieron cita una serie de factores que, a la postre, van a propiciar el que en dicha mujer la experiencia de los misterios de Dios de Jesucristo constituya el aval de su ‘ciencia’ teológica, con el añadido de haberlo sabido comunicar a través de sus escritos, para satisfac-

empleado con frecuencia, también en el ámbito cristiano- es un conocimiento experimental de Dios o de lo divino (‘cognitio Dei experimentalis’), una experiencia de lo divino no sólo conceptual, sino existencial”. HANS URS VON BALTHASAR, *Pneuma e Institución*. Ensayos teológicos IV. Encuentro, Madrid 2008, p. 249.

<sup>2</sup> K. RAHNER, “Espiritualidad antigua y actual”, en: *Escritos de Teología*, vol. VII, Madrid, 1969, p. 25.

<sup>3</sup> PABLO VI, *Discurso a los miembros del Consilium de Laicis* (2 octubre 1974), AAS 66 (1974), p. 568.

<sup>4</sup> PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi* 41. “Esperemos una vez más, un nuevo tiempo del Espíritu, un cristianismo más místico, una comunidad más fraterna, un modo de presentarnos y de relacionarnos más evangélico”. JUAN M<sup>a</sup> LABOA, *La renuncia de Benedicto XVI. Su significado e implicaciones*. En: AAVV, *El valor de una decisión. De Benedicto XVI a Francisco*. PPC, Madrid 2013, p. 71.

ción y beneficio de los múltiples lectores que se asoman a sus páginas<sup>5</sup>.

Un primer momento quiere explicitar el término ‘mística’, que muy pronto se asoció a la santa abulense, y que está plenamente justificado por el peso que la carmelita descalza reserva a la ‘experiencia’ de lo divino. El segundo apartado se detiene en la ardua tarea que acometió la madre Teresa: ‘comunicar lo inefable’, transcribir las experiencias místicas para ser revisadas y respaldadas por maestros y confesores, y beneficiar así a otros potenciales lectores; tarea que se le antoja casi imposible. Gracias, en parte, al celo de los confesores e inquisidores, podemos disfrutar del texto teresiano; pocas veces una contrariedad propició tan gran beneficio<sup>6</sup>. (Los renglones torcidos de Dios). Las reflexiones que siguen están amparadas en la lectura atenta de los textos teresianos, por lo que con frecuencia se cederá la palabra a la autora.

<sup>5</sup> Citaremos los textos teresianos por la siguiente edición: TERESA DE JESÚS, *Obras completas*, 5ª ed., Editorial de Espiritualidad, Madrid 2000. Únicamente se mencionará el libro correspondiente, seguido del capítulo y número. La referencia al libro de *Las Moradas*, se citará: 1M, 2M, 3M... = Primera morada, segunda morada, tercera morada...

<sup>6</sup> Coincidiendo con las adversidades surgidas en el proyecto fundacional de San José, la madre Teresa se despacha con la consabidas libertad e ironía ante posibles amenazas inquisitoriales: “También comenzó aquí el demonio de una persona en otra procurar se entendiese que había yo visto alguna revelación en este negocio, e iban a mí con mucho miedo a decirme que andaban los tiempos recios y que podría ser me levantasen algo y fuesen a los inquisidores. A mí me cayó esto en gracia y me hizo reír, porque en este caso jamás yo temí, que sabía bien de mí que en cosa de la fe contra la menor ceremonia de la Iglesia que alguien viese yo iba, por ella o por cualquier verdad de la sagrada Escritura, me pondría yo a morir mil muertes y dije que de eso no temiesen, que harto mal sería para mi alma si en ella hubiese cosa que fuese de suerte que yo temiese la Inquisición; que si pensase había para qué, yo me la iría a buscar; y que si era levantado, que el Señor me libraría y quedaría con ganancia. Y tratélo con este padre mío dominico que, como digo, era gran letrado, que podía bien asegurar con lo que él me dijese, y díjele entonces todas las visiones y modo de oración y las grandes mercedes que me hacía el Señor, con la mayor claridad que pude, y supliquéle lo mirase muy bien, y me dijese si había algo contra la sagrada Escritura y lo que de todo sentía”. *Vida*, 33,5.

## I. TERESA MÍSTICA: EL VALOR DE LA EXPERIENCIA

Teresa de Jesús es una figura señera en el panorama de la mística cristiana; una de las autoras más reconocida, admirada, solicitada, mencionada y respetada. Hoy goza de un magisterio eclesial indiscutible; y más con el respaldo que supuso la concesión del Doctorado eclesial. Es maestra cristiana, pedagoga cristiana, mistagoga cristiana, en el sentido fuerte del adjetivo ‘cristiana’: porque su experiencia fuerte de fe estuvo centrada en la persona de Cristo. Quien opte por adentrarse en el tentador mundo interior de sí, quien aspire a vivir su fe con cierto grado de seriedad, quien se determine por situar al norte de su vida el evangelio, dispone aquí de un referente animador, contagioso e iluminador.

- *Grados de conocimiento de Dios*

Los diferentes escritos teresianos pueden ser leídos como la relación de todo un caudal de experiencias místicas que inundaron el alma de la santa carmelita. ¿En qué se ve enriquecida Teresa al añadirle el calificativo de ‘mística’? Se suelen distinguir tres sendas que el ser humano puede recorrer en su orientación hacia Dios: se daría un proceder ‘natural’, el que el hombre obtiene con su inteligencia, sirviéndose de la *razón*; y luego estaría un proceder ‘sobrenatural’, con dos momentos: el de la *fe*, y el de la *experiencia mística* (que no es diferente de la fe, sino su desarrollo más completo). Claro que dentro de cada una de estas travesías caben grados de mayor o menor intensidad y clarividencia.

La carmelita castellana fue consciente de dichas opciones, y de lo que cualifica a cada una de las mismas, así como de la superioridad teológica de la última sobre las anteriores. Quedará constancia de los tres momentos en frases como: “esto visto por experiencia es otro negocio que sólo pensarlo o creerlo”<sup>7</sup>. Y cuando en las séptimas moradas menciona la percepción de la inhabitación de la Trinidad en el alma, dando cumplimiento al texto de Juan 14,23; “Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él”, exclama: “¡Cuán diferente cosa es oír [pen-

<sup>7</sup> *Camino de perfección* (V), 6,3.

sar] estas palabras y creerlas, a entender por esta manera [visión] cuán verdaderas son!”<sup>8</sup>.

Así como compete a los teólogos de oficio (‘letrados’) el estudio, el comentario y la defensa de los tesoros de la fe, explicar las verdades del credo, etc., Teresa de Jesús se maneja con destreza en el resbaladizo y sospechoso (por entonces) terreno de la experiencia mística (fuente y garantía de un más subido entender), frecuentado por los que denomina ‘espirituales’<sup>9</sup>. La santa carmelita sabe que la teología especulativa, la oficial de la Iglesia, que se imparte desde las cátedras, es campo reservado a varones letrados, donde la razón, el estudio y la especulación tienen un papel destacado. Ella, sin embargo, optó por otro proceder, el que califica varias veces de ‘mística teología’<sup>10</sup>, en el cual el entendimiento queda suspendido, asumiendo el protagonismo la voluntad, que ama y se siente amada, sin entender cómo<sup>11</sup>.

Se sabe que la andadura espiritual teresiana no resultó fácil ni cómoda para la interesada; y si salió airosa, buena parte del mérito hay que atribuirlo a los misteriosos designios de Dios, de los que dejó constancia la autora con tanta frecuencia: “Tornando al discurso de mi vida con esta aflicción de penas y con grandes oraciones (como he dicho que se hacían), porque el Señor me llevase por otro camino que fuese más seguro, pues éste me decían era tan sospechoso (verdad es que, aunque yo lo suplicaba a Dios, por mucho que quería desear otro camino, como veía tan mejorada mi alma, si no era alguna vez cuando estaba muy fatiga[da] de las cosas que me decían y miedos que me ponían, no era en mi mano desearlo, aunque siempre lo pedía; yo me

<sup>8</sup> 7M, 1,7.

<sup>9</sup> La reflexión cristiana distinguía dos teologías: la escolástica (vía especulativa) y la mística o teología escondida (vía del amor). En el siglo XVI y anteriores se dieron dos tipos de dirigentes cristianos: de un lado estaban a los que se les denominaban ‘contemplativos’, ‘espirituales’, expertos en la dirección de espíritus, animadores de la vida cristiana, de la oración, de los sacramentos (confesión); es lo que se conoce como la teología ‘arrodillada’. Y frente a ellos, los ‘teólogos’, los ‘letrados’, encargados de enseñar la fe desde la cátedra, defender a la Iglesia frente a los herejes, elaborar la doctrina cristiana en manuales de teología; es la teología ‘sentada’. (Hans Urs von Balthasar).

<sup>10</sup> Cf., SALVADOR ROS, “Mística teología”, en: Tomás Álvarez (dir.), *Diccionario de Santa Teresa*. Monte Carmelo, Burgos 2002, pp. 444-461.

<sup>11</sup> Cf. *Vida*, 10,1; 11,5; 12,5; 18,2.

veía otra en todo), no podía, sino poníame en las manos de Dios, que él sabía lo que me convenía, que cumpliese en mí lo que era su voluntad en todo”<sup>12</sup>. De lo que se desprende que estamos ante una existencia concreta en clave plenamente evangélica.

- *Primacía de la experiencia*

Al asociar el calificativo de ‘mística’ a Teresa de Jesús, se quiere dar a entender que en ella prima la experiencia<sup>13</sup>; eso sí, una experiencia que se torna fuente insobornable de conocimiento<sup>14</sup>. Más que expresar lo que piensa, la carmelita aspira a comunicar lo que vive. Esta doctora crea teología mística partiendo de una experiencia que le desborda, y no de principios teóricos, que desconoce. Llegará a decir, finalizando el relato autobiográfico, y como auténtica de lo referido en las páginas precedentes: “Creo que hay pocos que hayan llegado a la experiencia de tantas cosas”<sup>15</sup>; (y eso que, cuando profiere dicha convicción, ¿1565?, aún le restaba saborear la cumbre de la mística, la merced del matrimonio espiritual, que tendrá lugar 7 años más tarde (noviembre de 1572).

Nuestra autora persistirá en lo decisivo de lo experimentado al comenzar a describir los grados de oración en una cuenta de conciencia de 1576, advirtiendo al destinatario dónde radica el peso específico de lo que le expone: “En todo lo que dijere [escribiere], suplico a vuestra merced que entienda que no es mi intento pensar es acertado,

<sup>12</sup> *Vida*, 17,1.

<sup>13</sup> M. HERRÁIZ, *Teresa de Jesús, maestra de experiencia*: Monte Carmelo, 88 (1980) 269-304.

<sup>14</sup> “Primero fue la realidad de la experiencia. Después vino el conocimiento místico. Por último la declaración de esa experiencia”. MONSERRAT IZQUIERDO SORLÍ, *El simbolismo en las obras de Santa Teresa de Jesús*, en: “Salamanca Revista de Estudios” n. 59. 2014, p. 84.

<sup>15</sup> *Vida*, 40,8. Como quien no quiere la cosa, la carmelita se permite un cierto desahogo al suponer que, en entre esos ‘pocos’ agraciados con tal experiencia, las mujeres cuentan con mayoría: “Y hay muchas más [mujeres] que hombres a quien el Señor hace estas mercedes, y esto oí al santo fray Pedro de Alcántara (y también lo he visto yo), que decía aprovechaban mucho más en este camino que hombres, y daba de ello excelentes razones, que no hay para qué las decir aquí, todas en favor de las mujeres”. *Vida*, 40,8. Mucho más explícita al respecto será en *Camino de perfección*.

que yo podré no entenderlo; mas lo que puedo certificar es que no diré cosa que no haya experimentado algunas y muchas veces”<sup>16</sup>. Es lo que podríamos calificar de método fenomenológico: Teresa se limita a trasladar fielmente al papel lo que percibe en su conciencia, tal y como ella lo percibe, omitiendo juicios (epojé) sobre la validez o acertado (existencia real) de lo que transcribe.

A esta mujer, por encima de lo que le brindan los libros -y siempre fue amiga de ellos (de caballerías, vidas de santos, espirituales, teológicos)-, le ofrece más garantía lo experimentado en sí, lo vivido por ella, lo comunicado de tú a tú, lo percibido y sentido con todo el ser (con el alma, no sólo con el entendimiento racional; conviene resaltar el papel preponderante que juega la voluntad, el afecto, la amistad, en el entramado espiritual teresiano). Así dirá como aserto ante el censor; “porque no era nada lo que entendía hasta que Su Majestad por experiencia me lo daba a entender”<sup>17</sup>. Cuando en el capítulo 10 del *Libro de la Vida* se dispone a dar el salto a la esfera mística, a dejar constancia de las mercedes con que Dios se ha dignado enriquecerla, siendo consciente de las sospechas que pudieran surgir al firmar el relato una ‘mujer’, se acogerá, ciertamente, al escudo salvador de los letrados (“siempre he procurado quien me dé luz”<sup>18</sup>), pero su más firme agarradero continúa siendo “lo que el Señor me ha enseñado por experiencia”<sup>19</sup>; solo después vendrá la consulta a los letrados, solicitando la confirmación<sup>20</sup>.

<sup>16</sup> *Cuentas de conciencia* 54<sup>a</sup>,1. p. 1023.

<sup>17</sup> *Vida*, 22,3.

<sup>18</sup> *Vida*, 10,8.

<sup>19</sup> *Vida*, 10,9.

<sup>20</sup> Corrigiendo cierto posicionamiento restrictivo del destinatario (teólogo censor) del libro, le advierte con sobrada ironía: “No se espante ni le parezcan cosas imposibles: todo es posible al Señor; sino procure esforzar la fe y humillarse de que hace el Señor en esta ciencia a una viejecita más sabia por ventura que a él, aunque sea muy letrado”. *Vida*, 34,12. Interesante la consideración de un teólogo moderno: “Aunque en la Iglesia se repita continuamente que el Espíritu Santo se encuentra y actúa en los creyentes, en la realidad de la vida diaria se desconfía, como principio de estos creyentes y se confía únicamente en la jerarquía, en lo que dice y decide. Por eso la obediencia es considerada como una virtud, pero no la creatividad, y tradicionalmente se ha desconfiado del profetismo”. JUAN M<sup>a</sup> LABOJA, *La renuncia de Benedicto*

Estamos, pues, ante una persona de una experiencia sublime de los misterios divinos, de los que nos ha dejado un legado esclarecedor, cual testigo directo de los mismos. Para salvar la situación de inferioridad en la que se halla (como mujer) frente a los maestros teólogos (varones), la perspicaz autora pone sobre la mesa un aval difícil de rebatir: “No diré cosa que no la haya experimentado mucho”<sup>21</sup>; y cuando dicha condición se cumple, la mejor opción es callar<sup>22</sup>. Al igual que acontece con la Biblia, donde el recurso al lenguaje simbólico y comparativo resulta ineludible, también el discurso teresiano, en su afán por ‘dar a entender’ a otros cuanto acontece en su espíritu, se verá compelida al uso de expresiones simbólicas, de estrategias lingüísticas y, de comparaciones ‘groseras’, tilda ella. El mismo término ‘experimentar’, en pluma de Teresa tiene unas connotaciones que la alejan de lo que el diccionario y el uso común ofrecen. Algo parecido cabe aplicar al verbo ‘entender’ (tan socorrido en el vocabulario teresiano), pues quien entiende no es el entendimiento.

- *En defensa de los ‘espirituales’*

Aunque esta monja inquieta recurra con frecuencia y convicción sincera a los ‘letrados’ (teólogos)<sup>23</sup>, al carecer éstos de experiencia en cuestiones de espíritu (oración, gracias, y mercedes de Dios), -y no andar sobrados de humildad<sup>24</sup>-, no son del todo de fiar; puesto que

xvi. *Su significado e implicaciones*. En: AAVV, *El valor de una decisión*. De *Benedicto XVI a Francisco*. PPC, Madrid 2013, p. 48.

<sup>21</sup> *Vida*, 18,8. “Diré lo que pasa por mí”. *Vida*, 10,8.

<sup>22</sup> “De lo que no hay experiencia mal se puede dar razón cierta”. *6M*, 9,4. Recuerda la sentencia de L. Wittgenstein en el *Tractatus*: “De lo que no se puede hablar, se debe callar”.

<sup>23</sup> Por descontento que huye de los medio letrados, porque “buen letrado nunca me engañó”. *Vida*, 5,3. “Sélo de algunos letrados muy letrados y personas muy santas, a quien es razón se dé crédito”. *Vida*, 15,15. “¡Gran cosa es el saber y las letras para todo!”. TERESA DE JESÚS, *Cuarta Morada* 1,1. ‘Medio letrados’ que le cuestan muy caro. *5M*, 1,8.10.

<sup>24</sup> Considerando el empleo del entendimiento en el primer grado de oración (del huerto), apostilla: “otras personas se aprovecharán, en especial si tienen letras, que es un gran tesoro para este ejercicio -a mi parecer- si son con humildad”. *Vida*, 18, 12,4. “Más gusta de esta grosería de un pastorcito humilde, que ve que si más supiera más dijera, que de los muy sabios y letra-



hay verdades que no se pueden alcanzar sin pasar por el tamiz de la experiencia directa<sup>25</sup>. Su gran apoyo y garantía en las grandes decisiones lo constituyen los ‘espirituales’, cuyo saber está respaldado por las subidas vivencias habidas al contacto con el Señor<sup>26</sup>. evoca

El ideal de maestro espiritual teresiano debería estar concernido por tres cualidades: buen entendimiento (sensatez, cordura), experiencia (de trato con Dios) y letras (formación); y puntualiza: “Si no se pueden hallar estas tres cosas juntas, las dos primeras importan más, porque letrados pueden procurar para comunicarse con ellos cuando tuvieren necesidad. Digo que a los principios, si no tienen oración, aprovechan poco letras. No digo que no traten con letrados, porque espíritu que no vaya comenzado en verdad, yo más le querría sin oración, y es gran cosa letras, porque éstas nos enseñan a los que poco sabemos y nos dan luz y, llegados a verdades de la sagrada Escritura, hacemos lo que debemos. De devociones a bobas nos libre Dios”<sup>27</sup>.

Su máxima en este campo será, y el orden importa: “En todo es menester a) experiencia y b) maestro”<sup>28</sup>. La confirmación práctica de

dos, por elegante razonamientos que hagan, si no van con humildad”. *Camino de Perfección* (V), 22,4.

<sup>25</sup> “No como algunos letrados (que no les lleva el Señor por este modo de oración, ni tienen principio de espíritu) que quieren llevar las cosas por tanta razón y tan medidas por sus entendimientos, que no parece sino que han ellos con sus letras de comprender todas las grandezas de Dios. ¡Si aprendiesen algo de la humildad de la Virgen sacratísima!”. *Meditaciones sobre los Cantares*, 6,7; Cf. *Vida*, 34,11.

<sup>26</sup> “Mirad que no son tiempos de creer a todos, sino a los que viereis van conforme a la vida de Cristo”. *Camino de Perfección* (V) 21,10. El miedo a que sus oraciones de quietud y de unión fueran engaños del demonio, “me hizo buscar con diligencia personas espirituales con quien tratar”. *Vida*, 23,3. Se atreve con el tema de la oración en *Camino de Perfección* “por haber tratado con muchas personas espirituales y santas”. *Camino de Perfección* (V), Prólogo. A la altura de las Moradas sextas, comenta: “Quiero poner aquí algunas maneras que yo he entendido, como he tratado con tantas personas espirituales, que hay de arrobamientos, aunque no sé si acertaré”. TERESA DE JESÚS, 6M, 4,2.

<sup>27</sup> *Vida*, 13,16. Se lamentará de que cuando quiere dar a entender ciertas gracias recibidas “para hartas cosas eran menester letras”. *Vida* 14,6.

<sup>28</sup> *Vida*, 40,8. “Siempre en cosas dificultosas, aunque me parece que lo entiendo y que digo verdad, voy con este lenguaje de que ‘me parece’, porque

lo sancionado nos la ofrece el caso del P. Gaspar de Salazar, con quien se relaciona la Santa en 1561 (poco antes de la fundación del monasterio de San José). Del citado padre jesuita destaca las siguientes cualidades: “muy espiritual y de gran ánimo y entendimiento y buenas letras”<sup>29</sup>. Y más adelante: “Ha hecho gran provecho a mí y a mi alma tratarle; porque su trato es mucho para personas que ya parece el Señor tiene ya adelante, porque él las hace correr y no ir paso a paso”<sup>30</sup>.

Ciertamente las ‘letras’ son convenientes y el recurso a los letrados nunca está demás, pero a un cierto grado de la vida espiritual juegan un papel subsidiario, dejando paso a la iluminación superior que inunda al entender humano. Así por ejemplo, llegados a la oración de quietud, “en estos ratos de oración poca necesidad hay de ellas [letras]; porque el entendimiento está entonces, de verse cerca de la luz, con grandísima claridad”<sup>31</sup>. El razonamiento que preside el posicionamiento teresiano suena de esta guisa: “Delante de la Sabiduría divina, créanme que vale más un poco de estudio de humildad y un acto de ella que toda la ciencia del mundo”<sup>32</sup>. A la hora de examinar la veracidad de las gracias recibidas, esta mujer prefería acudir a sujetos ‘espirituales’ y que tuviesen letras<sup>33</sup>.

En todo este asunto se echa de ver lo experimentado y sufrido en persona de la mística Teresa; por decirlo claramente: lo escarmentada que estaba de tiempos pasados, en que no lograba hallar sosiego inter-

si me engañare, estoy muy aparejada a creer lo que dijeren los que tienen letras muchas; porque, aunque no hayan pasado por estas cosas, tienen un no sé qué grandes letrados que, como Dios los tiene para luz de su Iglesia, cuando es una verdad, dásela para que se admita”. *5M*, 1,7.

<sup>29</sup> *Vida*, 33,7.

<sup>30</sup> *Vida*, 33,9

<sup>31</sup> *Vida*, 15,7; y poco más adelante: “quédense las letras a un cabo”.

<sup>32</sup> *Vida*, 15,8.

<sup>33</sup> Cf. *Vida*, 17,8. Teresa ve conveniente acudir a un buen letrado a los comienzos de la experiencia mística, cuando acontecen las primeras mercedes de Dios, para que arroje luz y juzgue si es obra de su Majestad, ilusión, o engaño del demonio; si además es espiritual, mucho mejor. Pone la condición de que sea ‘muy buen letrado’ y ‘muy espiritual’; mas una vez comunicado a dicho confesor, asevera: “quíetese y no ande dando parte de ello”. *6M*, 8,9. Para los momentos sucesivos es preferible acudir a los espirituales; mejor si tienen letras.

ior por falta de director oportuno y por el rechazo de ciertos confesores a atender a un alma inquieta por agradar a Dios. Aludiendo a los que se determinan a la oración mental, y se inician en las prácticas de recogimiento y del conocimiento propio, aflora la valoración teresiana severa acerca de los maestros carentes de experiencia, por el consiguiente perjuicio que comportan: “Para esto [oración mental] es muy necesario el maestro, si es experimentado; que si no, mucho puede errar y traer un alma sin entenderla ni dejarla a sí misma entender; porque, como sabe que es gran mérito estar sujeta a maestro, no osa salir de lo que le manda. Yo he topado almas acorraladas y afligidas por no tener experiencia quien las enseñaba, que me hacían lástima; y alguna que no sabía ya qué hacer de sí; porque, no entendiendo el espíritu, afligen alma y cuerpo y estorban el aprovechamiento. Una trató conmigo, que la tenía el maestro atada ocho años había a que no la dejaba salir del propio conocimiento, y tenía la ya el Señor en oración de quietud, y así pasaba mucho trabajo”<sup>34</sup>.

Un caso paradigmático lo hallamos en el P. García de Toledo, O.P., con quien mantuvo una estrecha relación nuestra santa en diferentes épocas; en ocasiones se invertirán los papeles: ejerciendo la monja descalza las veces de directora espiritual sobre este fraile varón, teólogo y letrado. Por influjos de ella el religioso dominico se iniciará en la vida de oración, alcanzado en breve tiempo gran experiencia en los asuntos del espíritu para satisfacción de la carmelita, y tener como supuesto la virtud imprescindible de la humildad<sup>35</sup>: “Pues a este padre que digo, como en muchas cosas se la ha dado [humildad] el Señor, ha procurado estudiar todo lo que por estudio ha podido en este caso, que es buen letrado, y lo que no entiende por experiencia infórmase de quien la tiene; y con esto ayúdale el Señor con darle mucha fe, y así ha aprovechado mucho a sí y a algunas almas, y la mía es una de ellas”<sup>36</sup>. Cuando en el capítulo 22 del *Libro de la Vida* defiende los beneficios de recurrir a la humanidad de Cristo, y de

<sup>34</sup> *Vida*, 13,14. También dejará escrito en páginas posteriores: “Ya dije es menester espiritual maestro; mas si éste no es letrado, gran inconveniente es. Y será mucha ayuda tratar con ellos, como sean virtuosos; aunque no tengan espíritu me aprovechará, y Dios le dará a entender lo que ha de enseñar, y aun le hará espiritual para que nos aproveche”. *Vida*, 13,19.

<sup>35</sup> Cf. *Vida*, 34,11.

<sup>36</sup> *Vida*, 34,13.

que el camino seguro para todo cristiano es Cristo encarnado, la carmelita descalza no duda en imponer su criterio también al varón religioso aludiendo a la primacía de la experiencia: “Así que vuestra merced, hasta que halle quien tenga mas experiencia que yo y lo sepa mejor, estése en esto”<sup>37</sup>.

A mayor abundancia. En el proyecto fundacional del convento de San José, a un cierto momento surge la polémica en torno a si conviene fundar con renta que salvaguarde la estabilidad económica de la futura comunidad, o sin renta, es decir, en pobreza (de limosnas). Ella consideraba mayor perfección (por seguir la Regla y por imitar más de cerca a Cristo) fundar sin renta. Los confesores y letrados, a quienes pide opinión, se muestran recelosos a dicha postura, hasta que entra en escena fray Pedro de Alcántara, hombre ‘espiritual’, y el panorama se le aclara definitivamente: “Bien amator de la pobreza y tantos años la había tenido, sabía bien la riqueza que en ella estaba, así me ayudó mucho y mandó que en ninguna manera dejase de llevarlo muy adelante. Ya con este parecer y favor, como quien mejor lo podía dar (por tenerlo sabido por larga experiencia), yo determiné no andar buscando otros”<sup>38</sup>. La versada experiencia religiosa de un pobre fraile franciscano sirve a poner en jaque el dictamen ponderado de los teólogos letrados. Cuando el dominico, P. Pedro Ibáñez, tras haberlo considerado mucho, le expone su desacuerdo acerca del asunto (fundar en pobreza), le argumenta la carmelita, no sin cierto desdén: “Que no quería aprovecharme de teología, ni que con sus letras en este caso me hiciesen merced”<sup>39</sup>. No serán menester más consultas.

<sup>37</sup> *Vida*, 22,13.

<sup>38</sup> *Vida*, 35,5. “Vi que me entendía por experiencia, que era todo lo que yo había menester... Me dio grandísima luz”. *Vida*, 30,4. En carta remitida a la carmelita, el religioso franciscano le argumenta: “Una suya [carta] vi, que me enseñó el Sr. Gonzalo de Aranda, y cierto que me espanté que vuestra merced ponía en parecer de letrados lo que no es de su facultad...; en la perfección de la vida no se ha de tratar sino con los que la viven... Y si quiere tomar consejo de letrados sin espíritu, busque harta renta, a ver si le valen ellos ni ellas...”. Carta de Fr. Pedro de Alcántara a la Madre Teresa, Ávila, 14 de abril de 1562; en: FRANCISCO DE RIBERA – JAIME PONS, *Vida de santa Teresa de Jesús*, 2ª ed., Gustavo Gili, Barcelona 1908, p. 608.

<sup>39</sup> *Vida*, 35,4. Posteriormente el fraile dominico cambiaría de parecer, aliándose con la propuesta de la madre fundadora. Cf., *Vida*, 35,4

En la censura al *Libro de la vida*, que remite a la Inquisición el P. Domingo Báñez, OP (1575), el perspicaz teólogo cae en la cuenta de que muchos de los aprietos en que se vio inmersa la madre Teresa, enriquecida con una desbordante existencia mística, se debieron a la incomprensión de algunos letrados, y reconoce “que no aciertan así por la falta de experiencia”<sup>40</sup>.

- ¿Qué es ‘experimentar’?

Para la mística Teresa ‘experimentar’ equivale a ‘entender claramente’ y, quizás mejor, a ‘comprender’, sin que dicha equivalencia agote el sentido de los términos traídos; más bien se sienten desbordados por la riqueza de que son transmisores. Se trata de una ‘vivencia’ intelectual en que se ve inmerso todo el potencial humano, no sólo el entendimiento; es percibir con claridad inusual verdades de fe que sobrepasan la capacidad intelectual ordinaria, pero que a ésta le resultan evidentes, quedando ‘imprimidas’, fuertemente asentadas, haciendo partícipe a la voluntad, en cuanto que despiertan a amar más a Dios, puesto que es Dios mismo quien se le da a conocer más y mejor. Estamos ante un nivel subido (o profundo) de conciencia capaz de abrirse a fenómenos no advertidos para el pensar común. Hay artistas, matemáticos, poetas, místicos... con una sensibilidad tal cuyo espíritu capta (vive) objetos y verdades que para el resto de los seres no despiertan el menor interés.

Una recomendación divina nos pone sobre la pista de lo que supone el núcleo y la clave del experimentar de la carmelita: “¡Ay, hija, qué pocos me aman con verdad!, que si me amasen, no les encubriría yo mis secretos”<sup>41</sup>. Amor a Dios y conocimiento de Dios caminan de la mano, sosteniéndose y fortaleciendo mutuamente. La entera experiencia espiritual teresiana está sustentada en esa historia de amistad creciente entre la carmelita descalza y Cristo, su esposo. En la biografía de Teresa se halla la mejor proclamación de la esencia del Dios cristiano: del Dios-Amor; es el evangelio en estado puro; la teología

<sup>40</sup> P. DOMINGO BÁÑEZ, Censura al Autógrafo de la ‘Vida’. en: *Vida*, Apéndice, p. 299.

<sup>41</sup> *Vida*, 40,1. Por su parte san Juan de la Cruz, nos desvela que “la sabiduría mística, la cual es por amor... es a modo de fe, en la cual amamos a Dios sin entenderle”. JUAN DE LA CRUZ, *Cántico B*, Prólogo 2.

más pegada al misterio divino. Del Dios revelado en Jesucristo hay sobrada experiencia en la existencia de esta mujer: del amor generoso y gratuito con que su Majestad no cesó de colmarla; y a la postre, su cometido como maestra espiritual no apunta sino a una meta: corresponder con un amor de obras a Dios y al hermano, para agradecer de alguna manera tanto derroche de su Majestad para con ella.

La vista es el sentido humano que más garantía nos brinda a la hora de conocer una cosa o una persona, por el simple hecho de tenerlas delante y no requerir intermediarios. La proximidad, en este caso, la inmediatez, sustenta la evidencia de la visión, y de aquí se obtiene la certeza epistemológica (exclusión de la duda o del engaño). A este mecanismo recurre la madre Teresa para ‘de alguna manera’ hacernos ver (entender) a los profanos, lo que ella experimenta en sus encuentros con el Señor. Hablará de ‘visiones’, de ‘representaciones’, que no caen bajo los ojos del cuerpo, algunas solo bajo los del alma, y otras, ni siquiera bajo los ojos del alma<sup>42</sup>; por lo que el término ‘visión’

<sup>42</sup> De lo expuesto por la Santa, cabría distinguir tres tipos de visiones: Visión ‘corporal’ (sensible), visión ‘imaginaria’, y visión ‘intelectual’. Respecto a las primeras, visiones ‘corporales’, percibidas por los ojos del cuerpo, dará fe en diferentes páginas de que nunca tuvo: “Esta visión [de Cristo resucitado], aunque es imaginaria, nunca la vi con los ojos corporales, ni ninguna, sino con los ojos del alma. Dicen los que lo saben mejor que yo que es más perfecta la pasada [intelectual] que ésta, y ésta más mucho que las que se ven con los ojos corporales. Ésta dicen que es la más baja y adonde más ilusiones puede hacer el demonio, aunque entonces no podía yo entender tal, sino que deseaba, ya que se me hacía esta merced, que fuese viéndola con los ojos corporales para que no me dijese el confesor se me antojaba”. *Vida*, 28,4. “Sólo las [visiones] que se ven con los ojos corporales era de las que me parecía a mí había de hacer caso, y éstas no tenía”. *Vida*, 30,4. Cf., *Camino de perfección* (V), 34,10; *Cuentas de conciencia*, 53<sup>a</sup>, 2. p. 1016; *6M*, 4,5-9.

La visión ‘imaginaria’ es la más baja, y adopta imágenes, figuras, representaciones, en el interior, siendo ‘captadas’ por los ojos del alma (nunca del cuerpo); se prestan a mayores engaños del demonio e ilusiones personales. “Esto no es visión intelectual, sino imaginaria, que se ve con los ojos del alma muy mejor que acá vemos con los del cuerpo, y sin palabras se le da a entender algunas cosas”. *Moradas 6M*, 5,7.

Sobre las visiones ‘intelectuales’ remarca, que no caen bajo los ojos del cuerpo ni del alma: “La manera de visión que vuestra merced quiere saber es que no se ve ninguna cosa exterior ni interiormente, porque no es imaginaria; mas sin verse nada entiende el alma lo que es y hacia dónde se le representa, más claramente que si lo viese, salvo que no se le representa cosa particular... sino que sin palabra interior ni exterior entiende el alma clarísimamente

siempre será un recurso inapropiado, pero el más cercano a lo vivenciado. Las paradojas le resultan inevitables, hasta decir: “*he visto por experiencia*”<sup>43</sup>. Las apariciones, representaciones, visiones, gracias, mercedes, hablas, palabras, etc., que salpican la obra teresiana, todo ello acontece, es percibido y sentido en lo ‘muy interior’ del alma, y su volcado a conceptos lingüísticos se queda en mero intento. Por ejemplo, refiriendo la experiencia de la inhabitación de la Trinidad, aclara: “que están en lo interior de su alma, en lo muy muy interior, en una cosa muy honda, que no sabe decir cómo es, porque no tiene letras; siente en sí esta divina compañía”<sup>44</sup>.

Dejando aparte que son dones, gracias, mercedes del buen Dios, otorgadas a la santa abulense, y atendiendo a la vertiente humana, podría decirse que estamos, no ante apariciones (exteriores, sensibles) de Cristo, de la Trinidad, de la Virgen, de San José..., sino ante la capacidad ‘cognoscitiva’ de una mujer, que ha alcanzado cotas elevadísimas de comprensión, en virtud de la fe (confianza) en Dios y de la entrega generosa al mismo. Es el caso en que la conciencia se abre de tal manera al espíritu, que se despliega un nuevo modo de conocer, más parecido a la intuición, que es la manera de ver (conocer) de los bienaventurados y de Dios mismo<sup>45</sup>. Los bienaventurados gozan de la ‘visión’ beatífica: ‘ven’ a Dios cara a cara (1Jn 3,2); es un ‘ver’ que equivale a estar ‘entendiendo’, a estar ‘conociendo’, a estar ‘comprendiendo’, a estar ‘gozando’, a estar ‘amando’ a Dios en su ‘verdad’; y todo en una única acción.

### - *La certeza de la experiencia*

Lo que Teresa vuelca en sus páginas ha de pasar antes por el tamiz de la experiencia, es decir ha de estar avalado por la inmediatez de la vivencia personal. Y aquí radica la fuerza epistemológica de lo experimentado: en la inmediatez, seguridad y consiguiente claridad de lo percibido, involucrando a toda la persona (a modo de noticia

quién es y hacia qué parte está y a las veces lo que quiere significar”. *Cuentas de conciencia*, 53<sup>a</sup>, 28. p. 1022; Cf. *Vida*, 27,3.

<sup>43</sup> *Vida*, 20,23.

<sup>44</sup> *7M*, 1,7.

<sup>45</sup> Cf. EDITH STEIN, *¿Qué es filosofía?*, Obras Completas, III, p. 181ss.

amorosa en que se ve implicada), y ante lo cual no caben dudas ni olvidos. La certeza de lo acontecido es tan fuerte, queda tan ‘imprimido’ o ‘esculpido’ en lo hondo de la persona, que no valen argumentos ni autoridades a enflaquecer dicha convicción.

Podría hablarse del ‘cartesianismo’ teresiano, recusador de dudas, por cuanto el conocimiento claro y distinto del que hace gala la carmelita se sustenta en la ausencia de fisura entre el sujeto (el yo) experimentador y la vivencia (objeto) experimentada; no hay cabida para el discurso mediador entre el cognoscente y lo conocido. De dicho supuesto emanará la ‘certidumbre’ irrevocable defendida por la autora, la seguridad que acompaña a dicho entender, al igual que la dificultad (más bien imposibilidad) de ‘dar a entender’ a otros (en especial, a quienes no tienen experiencia) lo por ella vivido-comprendido.

La entera persona queda concernida y adherida a lo percibido. Nos lo describe Teresa en su lenguaje castizo y claro: “Sin verse, se imprime con una noticia tan clara que no parece se puede dudar; que quiere el Señor esté tan esculpido en el entendimiento, que no se puede dudar más que lo que se ve ni tanto, porque en esto algunas veces nos queda sospecha si se nos antojó; acá, aunque de presto dé esta sospecha, queda por una parte gran certidumbre, que no tiene fuerza la duda”<sup>46</sup>. El alma ‘entiende’, ‘siente’, las noticias (las mercedes divinas) con tal clarividencia, “que no hay teólogo con quien no se atreviese a disputar la verdad de estas grandezas”<sup>47</sup>. A falta de otros

<sup>46</sup> *Vida*, 27,5. “Queda una certidumbre que en ninguna manera se puede dejar de creer”. *Vida*, 28,14. “Fija Dios a sí mismo en lo interior de aquel alma de manera que, cuando torna en sí, en ninguna manera pueda dudar que estuvo en Dios y Dios en ella. Con tanta firmeza le queda esta verdad que, aunque pase años sin tornarle Dios a hacer aquella merced, ni se le olvida ni puede dudar que estuvo”. *5M*, 1,9; también, 10-11.

<sup>47</sup> *Vida*, 27,9. Caso paradigmático de interrogatorio confesor-Teresa es el recogido en *Vida* y en *Las Moradas*: “Estando un día del glorioso san Pedro en oración, vi cabe mí, o sentí -por mejor decir- que con los ojos del cuerpo ni del alma no vi nada, mas parecíame estaba junto cabe mí Cristo y veía ser él el que me hablaba, a mi parecer. Yo, como estaba ignorantísima de que podía haber semejante visión, diome gran temor al principio y no hacía sino llorar, aunque en diciéndome una palabra sola de asegurarme, quedaba como solía, quieta y con regalo y sin ningún temor. Parecíame andar siempre a mi lado Jesucristo, y como no era visión imaginaria, no veía en qué forma; mas estar siempre al lado derecho sentíalo muy claro, y que era testigo de todo lo que yo hacía, y que ninguna vez que me recogiese un poco, o no estuviese



agarraderos por su condición de ‘mujer y espiritual’, la monja carmelita se ve en la tesitura de defender la veracidad de su experiencia situándola por encima del saber de unos letrados, comisionados para sancionar los espíritus.

- *La verdadera perfección*

La santa abulense, urgida quizás por el ambiente inquisitorial dominante, optó por guardarse las espaldas a rebujo de asesores teólogos, asumiendo además una actitud de ‘sospecha’ ante los fenómenos místicos de que era objeto. Tanto los gustos percibidos, como los arrobamientos, visiones, éxtasis..., sabe que tienen valor coyuntural, y ambiguo; y, que en última instancia, son puro don de Dios; la aventajada religiosa valora más el fomento de las virtudes (obediencia, humildad, desasimiento, amor fraterno, mortificación...), cuales garantes del progreso en la oración<sup>48</sup>. En repetidas ocasiones sale al paso de la presunción de que la oración mental ha de desembocar inexorablemente en elevaciones místicas, cuando ni siquiera han de ser aval de una mayor perfección en quien las recibe. Dios puede otorgar una gracia a un pecador, incluso a un no creyente, para ganárselos a su amistad<sup>49</sup>. Un texto antológico y tremendamente lúcido, dirigido a

muy divertida, podía ignorar que estaba cabe mí. Luego fui a mi confesor harto fatigada a decírselo. Preguntóme que en qué forma lo veía. Yo le dije que no lo veía. Díjome que cómo sabía yo que era Cristo. Yo le dije que no sabía cómo, mas que no podía dejar de entender estaba cabe mí y lo veía claro y sentía, y que el recogimiento del alma era muy mayor en oración de quietud y muy continua, y los efectos que eran muy otros que solía tener, y que era cosa muy clara. No hacía sino poner comparaciones para darme a entender; y, cierto, para esta manera de visión -a mí parecer- no la hay que mucho cuadre”. *Vida* 27,2-3; *6M*, 8,2

<sup>48</sup> “Concluyo con que estas virtudes son las que yo deseo tengáis, hijas mías, y las que procuréis, y las que santamente envidiéis. Esotras devociones no curéis de tener pena por no tenerlas; es cosa incierta”. *Camino de Perfección* (V), 18,9.

<sup>49</sup> Acerca de la ‘gracia’ de la contemplación, escribe Teresa de Jesús: “Quiero, pues, decir que algunas veces querrá Dios a personas que estén en mal estado hacerles tan gran favor para sacarlas, por este medio, de las manos al demonio... Tornando a lo que decía, hay almas que entiende Dios que por este medio las puede granjear para sí; ya que las ve del todo perdidas, quiere su Majestad que no quede por él; y, aunque estén en mal estado y faltas de virtudes, dale gustos y regalos y ternura que la comienza a mover los deseos,

sus hijas descalzas -y de paso, a todos nosotros-, despeja dudas y abre nuevos horizontes en clara concordancia con el Evangelio, es decir, con Cristo: “Cuando yo veo almas muy diligentes a entender la oración que tienen y muy encapotadas cuando están en ella, que parece no se osan bullir ni menear el pensamiento porque no se les vaya un poquito de gusto y devoción que han tenido, háceme ver cuán poco entienden del camino por donde se alcanza la unión y piensan que allí está todo el negocio. Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor; y que si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción y te compadezcas de ella; y si tiene algún dolor, te duela a ti; y, si fuere menester, lo ayunes porque ella lo coma; no tanto por ella, como porque sabes que tu Señor quiere aquello. Ésta es la verdadera unión con su voluntad; y que si vieres loar mucho a una persona, te alegres más mucho que si te loasen a ti. Esto, a la verdad, fácil es; que si hay humildad, antes tendrá pena de verse loar. Mas esta alegría de que se entiendan las virtudes de las hermanas es gran cosa y, cuando viéremos alguna falta en alguna, sentirla como si fuera en nosotras y encubrirla”<sup>50</sup>. La perfección cristiana se mide en función de la disponibilidad para que se haga en nosotros la voluntad divina, imitando a Cristo, sin envidias ajenas, por la sencilla razón (defendida por los místicos carmelitas) de que Dios lleva a cada

y aun pónela en contemplación algunas veces, pocas, y dura poco. Y esto, como digo, hace porque las prueba si con aquel favor se querrán disponer a gozarle muchas veces...”. *Camino de Perfección* (V), 16, 3,4. Otra hija de Teresa de Jesús, la carmelita hebrea Edith Stein, defenderá tal posibilidad: “Imaginemos ahora el paso del conocimiento natural de Dios a la experiencia sobrenatural de Dios sin la mediación de la fe; es decir, como agradecimiento de un no creyente”. E. STEIN, *Caminos del conocimiento de Dios. La 'teología simbólica' del Areopagita y sus supuestos prácticos*. Obras completas, V, p. 151; 358,362. “El Señor puede conceder una gracia también a quienes están fuera de la Iglesia. Pero ningún hombre puede exigirlo como su derecho”. E. STEIN, *Naturaleza, libertad y gracia*. Obras completas, III, p. 117.

<sup>50</sup> 5M, 3,11.

uno por su propio camino<sup>51</sup>, para lo cual se requiere, como no puede ser de otra manera, la puesta en práctica de la humildad<sup>52</sup>.

El ideal teresiano de perfección cristiana ha de estar sometido siempre al parámetro evangélico por excelencia: amor a Dios y al prójimo; no se permiten invenciones, ni sucedáneos, ni atajos. Amonestada en este sentido en *Camino de Perfección* a sus hijas de San José: “Pues si contemplar y tener oración mental y vocal, y curar enfermos y servir en las cosas de casa y trabajar, sea en lo más bajo, todo es servir al huésped que se viene con nosotras a estar y a comer y recrear, ¿qué más se nos da en lo uno que en lo otro?”<sup>53</sup>. Y el evangelio tornará a resonar en las moradas primeras al concretar dónde está

<sup>51</sup> “Toda la pretensión de quien comienza oración (y no se os olvide esto, que importa mucho) ha de ser trabajar y determinarse y disponerse con cuantas diligencias pueda a hacer su voluntad conformar con la de Dios y, como diré después, estad muy cierta que en esto consiste toda la mayor perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual”. *2M*, 1,8.

<sup>52</sup> “Porque es el ejercicio principal de oración, y, como he dicho, cumple mucho tratéis de entender cómo ejercitaros mucho en la humildad... Y éste es un gran punto de ella y muy necesario para todas las personas que se ejercitan en oración: ¿cómo podrá el verdadero humilde pensar que es él tan bueno como los que llegan a ser contemplativos?... Dispóngase para si Dios le quisiere llevar por ese camino; cuando no, para eso es la humildad: para tenerse por dichosa en servir a las siervas del Señor y alabarle..., es cosa que importa mucho entender que no a todos lleva Dios por un camino; y, por ventura, el que le pareciere va por muy más bajo, está más alto en los ojos del Señor; así que, no porque en esta casa todas traten de oración, han de ser todas contemplativas. Es imposible... Y será gran desconsolación para la que no lo es no entender esta verdad, que esto es cosa que lo da Dios. Y pues no es necesario para la salvación ni nos lo pide de premio, no piense se lo pedirá nadie; que por eso no dejará de ser muy perfecta si hace lo que queda dicho”. *Camino de Perfección* (V), 17,1-2. Volverá sobre el asunto en *Las Moradas*, dando cuenta de la visión intelectual de Cristo, de la que hizo mención también en *Vida*, 27,2-3: “Y que no piense que, por tener una hermana cosas semejantes, es mejor que las otras; lleva el Señor a cada una como ve que es menester. Aparejo es para venir a ser muy sierva de Dios si se ayuda; mas, a las veces, lleva Dios por este camino a las más flacas; y así no hay en esto por qué aprobar ni condenar, sino mirar a las virtudes, y a quien con más mortificación y humildad y limpieza de conciencia sirviere a nuestro Señor, que ésa será la más santa, aunque la certidumbre poco se puede saber acá hasta que el verdadero Juez dé a cada uno lo que merece. Allá nos espantaremos de ver cuán diferente es su juicio de lo que acá podemos entender”. *6M*, 8,10

<sup>53</sup> *Camino de Perfección* (V), 17,6.

la verdadera perfección: “Entendamos, hijas mías, que la perfección verdadera es amor de Dios y del prójimo y, mientras con más perfección guardáremos estos dos mandamientos, seremos más perfectas”<sup>54</sup>. Paradigma del camino hacia Dios no puede ser otro que Cristo, quien vino a cumplir la voluntad del Padre, y cuyo referente de perfección no fueron visiones ni éxtasis, sino la obediencia<sup>55</sup>; y bien que se agarrará la madre fundadora a dicha virtud como salvaguarda de camino seguro en la vida espiritual<sup>56</sup>.

Con tales expresiones, la doctora mística está poniendo de manifiesto bien a las claras que el progreso espiritual no se ha de medir por las gracias místicas que concurran<sup>57</sup>, sino por los ‘dejos’, los efectos, las mejoras constatables en la vida, y que ella especificará en el crecimiento de las virtudes. Así lo entendió también el censor de la *Autobiografía*, el dominico P. Domingo Báñez, y en ello quiere poner el acento en su rescrito para el tribunal inquisitorial: “De esto tengo grande experiencia de su verdad, de su obediencia, penitencia, paciencia y caridad con los que la persiguen y otras virtudes que quien

<sup>54</sup> *IM*, 2,17. “Pues no está la perfección en los gustos, sino en quien ama más”. *3M*, 2,10.

<sup>55</sup> “Procurad, aunque más pena os dé, obedecer, pues en esto está la mayor perfección”. *Camino de Perfección* (V), 39,3.

<sup>56</sup> Sirva este testimonio. Una vez finalizada la fundación de Beas (febrero de 1575), su intención e interés es regresar cuanto antes a Castilla para promover la fundación de Madrid. Su padre confesor, Jerónimo Gracián, por entonces en Beas, no es del mismo parecer. Ruega a la Madre que pida luz al Señor. Y después de llevarlo a la oración, la carmelita le expone que el Señor le manda ir a fundar a Madrid. El P. Gracián, no obstante, le exige que vaya a fundar a Sevilla. “Tornándola yo a preguntar ¿por qué no había replicado?... dijo: ‘Porque la fe me dice, que lo que vuestra reverencia me mandare, es voluntad de Dios, y de cuantas revelaciones hay no tengo fe que lo serán’”. FRANCISCO DE RIBERA, *Vida de santa Teresa de Jesús*, 2ª ed., Gustavo Gili, Barcelona 1908, p. 486, en nota 1. En carta a su hermano Lorenzo, ante la persistencia de los arrobamientos de que es objeto, suspira por verse libre de los mismos, y ruega al hermano: “Pídaselo vuestra merced que trae hartos inconvenientes y no me parece es más oración”. *Carta a D. Lorenzo de Cepeda*, 17 de enero de 1577. p. 1514.

<sup>57</sup> Este criterio lo hallamos también en Juan den la Cruz: “Si el alma sintiere gran comunicación o sentimiento o noticia espiritual, no por eso se ha de persuadir a que aquello que siente es poseer o ver clara y esencialmente a Dios, o que aquello sea tener más a Dios o estar más en Dios”. JUAN DE LA CRUZ, *Cántico Espiritual B*, 1,4.

quiera que la tratare verá en ella. Y esto es lo que se puede preciar como más cierta señal del verdadero amor de Dios, que las visiones y revelaciones”<sup>58</sup>.

De lo dicho hasta ahora no se ha de deducir que la senda de la mística fuera una alternativa a la profesión de fe y al seguimiento de Cristo; todo lo contrario: lo percibido (vivenciado) en la experiencia mística está asentado sobre la gracia de la fe y la aceptación de la verdad evangélica<sup>59</sup>. Es llevar a culminación las verdades que nos brinda el don de la fe, de la que son especialistas y guardianes los ‘letrados’. Así, con motivo de la visión ‘intelectual’ de la Trinidad, nuestra autora explicita la relación entre fe y experiencia mística: “Entiende con grandísima verdad ser todas tres personas una sustancia y un poder y un saber y un solo Dios; de manera que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma, podemos decir, por vista, aunque no es vista con los ojos del cuerpo ni del alma, porque no es visión imaginaria”<sup>60</sup>. Los misterios (secretos) divinos dejan de serlo para estas almas con las que se comunica por vía de noticia amorosa.

#### - *Experiencias de Dios*

Concluimos este apartado con lo que esta gran mujer cristiana ofrece a la pregunta que nos hacemos al hilo de cuanto venimos exponiendo: ¿Cómo es el rostro de Dios, contemplado y experimentado por Teresa de Jesús? Hay una respuesta fácil y acertada: el Dios experimentado por la carmelita abulense es el Dios revelado en su Hijo Jesucristo, encarnado, muerto en cruz y resucitado. Una vez asentada la base evangélica, continuamos con la cuestión: ¿en qué Dios creía Teresa? Para contestar nos valemos de dos palabras del *Libro de la Vi-*

<sup>58</sup> P. DOMINGO BÁÑEZ, *Censura al libro de la ‘Vida’*; en: *Vida*. Apéndice, p. 301.

<sup>59</sup> En sintonía con san Juan de la Cruz, “el criterio por el que es juzgado el cristiano (y el hombre en general) en el Juicio de Dios es su amor a Dios y al prójimo, y no el grado de su experiencia religiosa... La caridad cristiana tiene en concreto el colorido del camino de Cristo. Por este camino puede llegar a las formas más diversas de intensidad de experiencia; pero no es el grado de la intensidad la que nos ofrece el camino”. HANS URS VON BALTHASAR, *Peuma e Institución*. Ensayos teológicos IV. Encuentro, Madrid 2008, p. 264.

<sup>60</sup> 7M, 1,6

*da*, donde no se vislumbra ese Dios ‘ambivalente’ (que ama entrañablemente y amenaza con el castigo), anunciado (no sin cierta carga de interés) por teólogos y letrados desde tantos púlpitos y cátedras. Es muy otro el Dios testimoniado por la contemplativa andariega. Tomamos como referencia dos términos insertos en un texto teresiano citado más arriba: “¡Ay, hija, qué pocos me aman con verdad!, que si me amasen, no les encubriría yo mis secretos”<sup>61</sup>: amor y verdad, binomio inseparable en los escritos y en el ánimo teresianos, cuales requisitos necesarios y más que suficientes para una experiencia teológica sublime.

#### a) Dios-Amor

En la primera palabra prevalece la experiencia del Dios-Amor por parte de una mujer con un corazón inquieto por entregarse del todo a quien colme sus ansias de amar. La relación de ‘amistad’ (de oración) está sosteniendo la entera comunicación con Cristo, el Hijo amado del Padre. Es el Dios encarnado, solidario con el devenir de la humanidad. Está lejos de concebir a Dios como ‘El Otro’, o el Dios solitario, muy a gusto consigo mismo. Reproducimos este texto paradigmático y revelador de la ‘teóloga’ Teresa de Jesús: “Muchas veces he pensado espantada de la gran bondad de Dios, y regaládose mi alma de ver su gran magnificencia y misericordia. Sea bendito por todo, que he visto claro no dejar sin pagarme, aun en esta vida, ningún deseo bueno. Por ruines e imperfectas que fuesen mis obras, este Señor mío las iba mejorando y perfeccionando y dando valor, y los males y pecados luego los escondía; aun en los ojos de quien los ha visto, permite su Majestad se cieguen y los quita de su memoria. Dora las culpas; hace que resplandezca una virtud que el mismo Señor pone en mí, casi haciéndome fuerza para que la tenga”<sup>62</sup>.

<sup>61</sup> *Vida*, 40,1.

<sup>62</sup> *Vida*, 4,10. “Pienso que este texto tan luminoso es capital para comprender toda la vida de la Santa y todos los escritos. Aquí está concentrada su experiencia de Dios, y todo lo que escribe y hace, brota de esta imagen de Dios, tan lejos de la teología de su tiempo y de lo que pensaban muchos teólogos”. LUCIANO LUIS LUIS, *Unos versos de Gabriela Mistral, la revolución del Dios-Abba de Jesús y los tres doctores de la Iglesia Carmelitas*. Monte Carmelo 122 (2014) 285. “No está deseando otra cosa, sino tener a quien dar, que no por eso se disminuyen sus riquezas”. *6M*, 4,12.

Este es el Dios de Teresa; el Dios que ama gratuitamente a todos, por encima de nuestras fechorías (cuales hijos pequeños) y méritos (como hijos mayores), y que tan acertadamente manifiesta la parábola del hijo pródigo (o del Padre bueno), y que nos la enseñó el Hijo de tan buen Padre. Es la experiencia la que habla: “Fíe de la bondad de Dios, que es mayor que todos los males que podemos hacer, y no se acuerda de nuestra ingratitud... Acuérdense de sus palabras y miren lo que ha hecho conmigo, que primero me cansé de ofenderle que su Majestad dejó de perdonarme”<sup>63</sup>. Y para colmo desconcertante del comportamiento divino hacia esta mujer ‘ruin’, lo manifestado en una carta: “Pues su Majestad no quiere sino castigarme con mercedes, que no es pequeño castigo para quien se conoce”<sup>64</sup>, y acepta ser mal pagadora y desagradecida.

#### b) Dios-Verdad

En la segunda palabra teresiana el aspecto que prima es el Dios-Verdad. Se encuentra también en el capítulo último de la autobiografía, y a modo de apoteosis final la autora nos regala su última lección magistral, que ha venido preparando a lo largo de los capítulos precedentes: desenmascarar el mundo instalado sobre la mentira, la apariencia, la falsedad; oponiendo la luz, la claridad, la transparencia, que impregnan el espacio divino. Esta mujer, tan amiga de la verdad, verá satisfecha con creces su aspiración en una elevación mística, en la que su Majestad se le dio a ‘entender’ como la misma Verdad. Y prosigue la descripción: “Quedóme una verdad de esta misma Verdad que se me representó esculpida, que me hace tener un nuevo acatamiento a Dios... Quedóme muy gran gana de no hablar sino cosas muy verdaderas... Entendí qué cosa es andar un alma en verdad delante de la misma Verdad. Esto que entendí es darme el Señor a entender que es la misma Verdad... Esta Verdad que digo se me dio a entender es en sí misma Verdad, y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen de esta Verdad”<sup>65</sup>. Esta Verdad que traspasa cuanto existe, revela lo que el hombre es, su verdad: la debilidad y pobreza que lo constituyen; “nuestra nonada y cuán miserable cosa

<sup>63</sup> *Vida*, 19,15.

<sup>64</sup> *Carta a D. Pedro de Castro y Nero*, 19-XI-1581. p. 1934.

<sup>65</sup> *Vida*, 40,3-4.

somos”<sup>66</sup>. Sólo quien reconoce su verdad, su auténtica condición humana, podrá acogerse con humildad al amor y a la misericordia divinos.

Desde esta consideración se comprende mejor esa virtud a la que concederá tanto valor y omnipresencia: la ‘humildad’ teresiana; y que concibe como andar en la verdad de que no tenemos cosa buena en nosotros, pues el bien que realizamos es don de Dios<sup>67</sup>. Sólo desde la verdad luminosa de Dios se transparentan los rincones oscuros del hombre advirtiendo su verdad. Por tanto el conocimiento propio (aspirar a la verdad) y la humildad caminan de la mano; si el autoconocimiento trae consigo engreimiento y autosatisfacción, entonces hay que sospechar de la valía de aquél. Buena parte del capítulo 2 de las *primeras moradas* (de los números 8 al 13) está dedicada a advertir la conexión existente entre ‘conocimiento propio’ y ‘humildad’. La insistencia en el tema pone de relieve la importancia que la autora le otorga; es el punto de partida necesario para emprender el camino espiritual, no contemplando otra alternativa: “No sé si queda dado bien a entender, porque es cosa tan importante este conocernos, que no querría en ello hubiese jamás relajación, por subidas que estéis en los cielos; pues, mientras estamos en esta tierra, no hay cosa que más nos importe que la humildad”<sup>68</sup>. Y a continuación puntualiza: “Y -a mi parecer- jamás nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer a Dios; mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza y, mirando su

<sup>66</sup> 6M, 1,11.

<sup>67</sup> Concibe la ‘verdadera’ humildad como “el conocimiento que da Dios para que conozcamos que ningún bien tenemos de nosotros”. *Vida*, 15,14. En el tratado de *Las Moradas* hallamos la siguiente reflexión al respecto: “Una vez estaba yo considerando por qué razón era nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad y púsoseme delante -a mi parecer-, sin considerarlo sino de presto, esto: que es porque Dios es suma Verdad y la humildad es andar en verdad; que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira. A quien más lo entienda agrada más a la suma Verdad, porque anda en ella. Plega a Dios, hermanas, nos haga merced de no salir jamás de este propio conocimiento”. 6M, 10,7. “La humildad, mirando cómo cosa buena que hagamos no viene su principio de nosotros, sino de esta fuente adonde está plantado este árbol de nuestras almas, y de este sol que da calor a nuestras obras... y entendía cómo sin esta ayuda no podíamos nada... no se acordaba de sí en cosa buena que hacía”. *IM*, 2,5.

<sup>68</sup> *IM*, 2,9



limpieza, veremos nuestra suciedad; considerando su humildad, veremos cuán lejos estamos de ser humildes”<sup>69</sup>. Este fue uno de los grandes hallazgos de la Teresa religiosa: buscando a Dios se le manifestó la Verdad (de Dios) y de sí misma<sup>70</sup>. Y como en el negativo de la película, resaltó la mentira del mundo; no del mundo salido de las manos de un Dios bueno, sino de ese ‘mundo’ creado por el hombre: el de los convencionalismos, clases, discriminación, preferencias, ambiciones, burocracias, prestigios, honras, amor propio; donde se propicia la mentira y el engaño (la corrupción).

Se lamentará de no poder proclamar a los cuatro vientos dónde se sustenta la verdadera felicidad, en qué consiste la auténtica honra. Una vez más su condición femenina le impide delatar públicamente los engaños en los que se instalan los cristianos. Le queda el recurso a lo fijado en las páginas por la pluma, de más duración que lo escuchado en sermones: “querría dar voces para dar a entender qué engañados están. Y aun así lo hace algunas veces, y lluévenle en la cabeza mil persecuciones; tiénenla por poco humilde y que quiere enseñar a de quien había de aprender, en especial si es mujer. Aquí es el condenar, y con razón, porque no saben el ímpetu que la mueve, que a veces no se puede valer, ni puede sufrir no desengañar a los que quiere bien y desea ver sueltos de esta cárcel de esta vida, que no es menos, ni le parece menos, en lo que ella ha estado. Fatígase del tiempo en que miró puntos de honra y en el engaño que traía de creer que era honra lo que el mundo llama honra. Ve que es grandísima mentira y que todos andamos en ella. Entiende que la verdadera honra no es mentirosa, sino verdadera, teniendo en algo lo que es algo; y lo que no es nada, tenerlo en nonada, pues todo es nada, y menos que nada lo que se acaba y no contenta a Dios”<sup>71</sup>.

Nos quedamos con esta exclamación genial por la sensatez e ironía que destila: “¡Oh mundo, mundo, cómo vas ganando honra en

<sup>69</sup> *IM*, 2,9. Antes había confesado: “No es pequeña lástima y confusión que por nuestra culpa no entendamos a nosotros mismos, ni sepamos quiénes somos”. *IM*, 1,2.

<sup>70</sup> Otra carmelita descalza, Edith Stein, escribirá en 1938: “Dios es la verdad. Quien busca la verdad busca a Dios, sea de ello consciente o no”. EDITH STEIN, Carta 536 a Adelgundis Jaegerschmid (23.III.1938). Obras completas, I, p. 1251.

<sup>71</sup> *Vida*, 20,25-26.

haber pocos que te conozcan!”<sup>72</sup>. Efectivamente, pocos escapan a los señuelos con que tan fácilmente nos seduce y convence el entorno. Esa honra mundana contra la que tanto pugnó la monja abulense de origen judeoconverso, a la que opondrá su alternativa: “La verdadera pobreza trae una honraza consigo que no hay quien la sufra”<sup>73</sup>.

## II. EL DECIR DE TERESA: COMUNICAR LA EXPERIENCIA

No hay mejor fuente de conocimiento de Teresa de Jesús que su propio testimonio, disponible para nosotros en sus escritos (incluso originales). Lo es por una serie de argumentos fáciles de comprender: por la claridad de ideas con que se maneja, por la intencionalidad de la autora en querer ser sincera, por la verdad que persigue en cuanto emprende; no obstante es muy consciente del terreno temerario en el que se adentra. Bien que se encarga de poner sobre aviso al lector ingenuo acerca de lo que se va a encontrar en las páginas que tiene delante, distinguiendo los siguientes momentos: “Una merced es *a*) dar el Señor la merced y, otra es *b*) entender qué merced es y qué gracia, otra es *c*) saber decir y darla a entender cómo es”<sup>74</sup>. Una cosa es ser agraciado con una experiencia mística, otra es que comprenda el sujeto el contenido que encierra, otra que logre comunicarlo (fijarlo en palabra hablada o escrita), y, por último, que los otros lo entiendan. Uno de los afanes y desvelos de la escritora Teresa es precisamente ‘dar a entender’ al lector lo por ella vivido; aquello que el Señor, a su vez, le ‘daba a entender’; tarea un tanto ardua<sup>75</sup>.

<sup>72</sup> *Vida*, 27,14. “¡Con qué amistad se tratarían todos si faltase interés de honra y de dineros! Tengo para mí se remediaría todo”. *Vida*, 20,27.

<sup>73</sup> *Camino de perfección*, 2,6.

<sup>74</sup> *Vida*, 17,5. “Aunque un poco más luz me parece tengo de estas mercedes que el Señor hace a algunas almas, es diferente el saberlas decir”. *4M*, 1, 1.

<sup>75</sup> Una muestra de la complejidad en que se halla inmersa la autora: “Estaba yo pensando cuando quise escribir esto (acabando de comulgar y de estar en esta misma oración que escribo) [cuarta manera de regar el huerto, oración de unión] qué hacía el alma en aquel tiempo. Díjome el Señor estas palabras: ‘Deshácese toda, hija, para ponerse más en mí; ya no es ella la que vive, sino yo. Como no puede comprender lo que entiende, es no entender entendiendo’. Quien lo hubiere probado entenderá algo de esto, porque no se

La mujer monja carmelita no escribe para ‘enseñar’, sino para ‘convencer’, para ‘engolosinar’ (que es otro modo de enseñar)<sup>76</sup>, en un principio a quienes se lo mandan, pero también, a sus hijas y a los futuros lectores. Conviene recordar que todo el legado teresiano de que disponemos se corresponde con la última etapa de su vida (1560-1582), donde se enmarca su experiencia mística más rica; y no podía ser de otra manera, por el potencial incontenible que supone dicha gracia. Su vocación de escritora se irá configurando y madurando a la par que su progreso espiritual va alcanzando las más altas cumbre de la mística<sup>77</sup>.

Es sabedora además de la misión apostólica asociada a la tarea de componer textos. Le mueve el interés por ganar adeptos que se beneficien de la bondad y del amor de Dios<sup>78</sup>. Eso sí, es concededora de que llevan ventaja los lectores experimentados en el trato personal con Cristo; de lo contrario, las dudas sobre la comprensión de lo escrito asoman por doquier: “Paréceme lo he dado a entender, y por ventura será sólo para mí; abra el Señor los ojos de los que lo leyeren con la experiencia, que, por poca que sea, luego lo entenderán”<sup>79</sup>. Está convencida que las mercedes que Dios le otorga (al igual que los carismas de la Iglesia) son para provecho de muchos<sup>80</sup>, y que es el mismo Dios quien le manda coger la pluma: “Ya sabes que te hablo

puede decir más claro, por ser tan oscuro lo que allí pasa... La voluntad debe estar bien ocupada en amar, mas no entiende cómo ama. El entendimiento, si entiende, no se entiende cómo entiende. A mí no me parece que entiende; porque, como digo no se entiende. Yo no acabo de entender esto”. *Vida*, 18,14.

<sup>76</sup> “Sabe su Majestad que, después de obedecer, es mi intención engolosinar las almas de un bien tan alto”. *Vida*, 18,8.

<sup>77</sup> “Nada le es tan natural como escribir: Santa Teresa es una escritora nata... No hay, pues, obligación que cumpla más a gusto, aunque ella continuamente recuerde que escribe por obediencia”. M<sup>a</sup> JESÚS MANCHO DUQUE, *Claves de la escritura teresiana*, en: “Salamanca Revista de estudios”, n. 59 (2014)109.

<sup>78</sup> “Para que se esfuercen y animen los que esto leyeren a dejarlo todo del todo por Dios”. *Vida*, 21,12.

<sup>79</sup> *Vida*, 12,5.

<sup>80</sup> Cf. *Vida*, 18,4; 19,3.

algunas veces; no dejes de escribirlo; porque, aunque a ti no te aproveche, podrá aprovechar a otros”<sup>81</sup>.

- *Decir la merced*

Tocamos el tercer aspecto de las mercedes divinas: saber decirla y darla a entender. Cuando su amigo, Francisco Salcedo (el caballero santo abulense), renuente a admitir que las mercedes de la monja de La Encarnación provenían de Dios, y le pide que dé cuenta de su oración mental (a pesar de llevar dos décadas practicándola), Teresa se enfrenta a una situación embarazosa, debido a los serios condicionantes de comunicación que por entonces no domina, sintiéndose superada por el contenido: “Y era el trabajo que yo no sabía ni poco ni mucho decir lo que era mi oración; porque esta merced de saber entender qué es y saberlo decir ha poco que me lo dio Dios”<sup>82</sup>.

En la figura de Teresa concurren dos barreras nada fáciles de sortear dado el encargo a acometer: uno es el ‘sujeto’, la autora, que se considera mujer y ruin, no letrada, no versada en teología, y en consecuencia, sometida a control y revisión de cuanto hace o dice (escribe); el otro, el ‘objeto’, la temática a la que ha de hacer frente: su vida de oración, las gracias místicas, las vivencias más íntimas y sublimes; imposibles de volcar sobre un papel. Con el agravante de que sujeto y objeto coinciden, de que quien escribe trata asuntos que pertenecen a él mismo; de ser juez y parte. Al inicio de las moradas quintas leemos: “Creo fuera mejor no decir nada de las que faltan, pues no se ha de saber decir ni el entendimiento los sabe entender, ni las comparaciones pueden servir”<sup>83</sup>.

No obstante las prevenciones expuestas, el resultado no deja de sorprendernos: ni la condición femenina ni lo suspicaz del tema serán considerados trabas infranqueables para la mística abulense. Provoca admiración los recursos de que echa mano para salir airosa en el empeño, apelando al ingenio de la ignorancia precavida: “Habré de aprovecharme de alguna comparación, aunque yo las quisiera excusar, por ser mujer y escribir simplemente lo que me mandan; mas este

<sup>81</sup> *Cuenta de conciencia* 52<sup>a</sup> (Sevilla 1576), p. 1015.

<sup>82</sup> *Vida*, 23,11.

<sup>83</sup> *5M*, 1,1; Cf. *5M*, 4,11

lenguaje de espíritu es tan malo de declarar a los que no saben letras, como yo, que habré de buscar algún modo, y podrá ser las menos veces acierte a que venga bien la comparación”<sup>84</sup>. La humildad literaria teresiana será una de las estrategias frecuentes para, con sutileza e ironía, salir bien parada en sus declaraciones, esquivando posibles condenas de celosos censores<sup>85</sup>.

Los místicos suelen ser expertos en el lenguaje y forjadores de expresiones lingüísticas ante la tesitura que soportan, al no disponer de moldes conceptuales idóneos para cobijar la desbordante riqueza de que son testigos. Y es que la palabra (hablada o escrita) no deja de ser un pobre auxilio a la hora de dar fe de una experiencia, y menos cuando ésta trasciende el umbral de la argumentación que el hombre domina con la lógica y su gramática. Dicha carencia, fuertemente percibida, explica la deriva hacia la poesía de muchos de los autores místicos, allí donde la estructura lógica y la rigidez gramatical dan paso a licencias, salvedades, combinaciones sugerentes, conjunción de opuestos, recurso a las paradojas, etc., en los que resguardar inspiraciones, intuiciones, sentimientos, vivencias... que brotan de la vida, del corazón, y que no siempre se acomodan a los principios del recto pensar<sup>86</sup>.

Un exponente típico lo constituye el capítulo 16 del libro de la *Vida*, donde Teresa se enfrenta a la difícil tesitura de declarar en qué consiste el ‘sueño de las potencias’ (tercer modo de regar el huerto). Aquí el alma ha comenzado a gozar del amor de Dios, provocando una especie de embriaguez y aturdimiento que le hacen proferir toda una suerte de desatinos y de incoherencias, dando lugar a “una celes-

<sup>84</sup> *Vida*, 11,6.

<sup>85</sup> “Son tan oscuras de entender estas cosas interiores que, a quien tan poco sabe como yo, forzado habrá de decir muchas cosas superfluas y aun desatinadas para decir alguna que acierte. Es menester tenga paciencia quien lo leyere, pues yo la tengo para escribir lo que no sé; que, cierto, algunas veces tomo el papel como una cosa boba, que ni sé qué decir ni cómo comenzar”. *IM*, 2,7.

<sup>86</sup> “¡Oh, válgame Dios, cuál está un alma cuando está así! Toda ella querría fuesen lenguas para alabar al Señor. Dice mil desatinos santos, atinando siempre a contentar a quien la tiene así. Yo sé persona que con no ser poeta, que le acaecía hacer de presto coplas muy sentidas declarando su pena bien, no hechas de su entendimiento”. *Vida*, 16,4.

tial locura, adonde se aprende la verdadera sabiduría”<sup>87</sup>. Y viene la cuestión: ¿Cómo componer un discurso coherente de una experiencia desconcertada, como esta merced celestial? No resta sino apostar por la desmesura, por saltarse los moldes del entendimiento sesudo, y optar por otro tipo de ‘lógica’, la de amor. Todo lo cual le lleva a reconocer: “Ni creo soy yo la que hablo desde esta mañana que comulgué. Parece que sueño lo que veo y no querría ver sino enfermos de este mal que estoy ahora. Suplico a vuestra merced seamos todos locos, por amor de quien por nosotros se lo llamaron”<sup>88</sup>. Más atractivo y fuerza apostólica contiene esta forma de discurso que los sermones engolados con mucho seso, pero escasos de amor de Dios, que atornaban desde los púlpitos de iglesias y catedrales.

- *Lo que Dios enseña*

Y sucede que cuando interviene Dios, la cosa se complica, saltan por los aires las categorías lógicas, la sintaxis, y hasta el diccionario, o, al menos, se les fuerza y distorsiona para aproximarnos a lo que intentan transmitir con su ‘pobre’ decir<sup>89</sup>. Los bienes del cielo difícilmente cabe encerrarlos en conceptos acomodados a nuestro deambular por la tierra. Nos lo describe la autora tras una experiencia mística de percibir a Jesús cabe ella y se le comunica: “que Dios enseña el alma y la habla sin hablar, de la manera que queda dicha [siente la noticia muy clara]. Es un lenguaje tan del cielo, que acá se puede mal dar a entender, aunque más queramos decir, si el Señor por experiencia no lo enseña. Pone el Señor lo que quiere que el alma entienda en lo muy interior del alma y allí lo representa sin imagen ni forma de palabras, sino a manera de esta visión que queda dicha [estaba junto cabe mí Cristo y veía ser él el que me hablaba]. Y nótese mucho esta

<sup>87</sup> *Vida*, 16,1.

<sup>88</sup> *Vida*, 16,6. “¡Qué honrado el que no quiso honra por él, sino que gustaba de verse muy abatido! ¡Qué sabio el que se holgó de que le tuviesen por loco, pues lo llamaron a la misma Sabiduría! ¡Qué pocos hay ahora por nuestros pecados! ¡Ya, ya parece se acabaron los que las gentes tenían por locos, de verlos hacer obras heroicas de verdaderos amadores de Cristo!”. *Vida*, 27,14

<sup>89</sup> Hablará de “trastornar la retórica” del entendimiento. Cf. *Vida*, 15,9; y de los famosos y abundantes “destinos”.

manera de hacer Dios que entienda el alma lo que él [Dios] quiere, y grandes verdades y misterios<sup>90</sup>.

Ejemplo palmario de la dificultad que encuentra la autora, por ‘mujer’ ‘ruin’, ‘iletrada’, para ‘decir y dar a entender’ un grado de oración mística (experimentada en lo hondo del alma), como es la ‘herida de amor’ (popularizada por la admirada escultura de Bernini<sup>91</sup>), lo tomamos de la redacción de una cuenta de conciencia. Interesa prestar atención a la recurrencia a determinados apoyos lingüísticos, tales como ‘manera de’, ‘parece’, ‘como si’, ‘parezca’, ‘comparaciones groseras’, ‘más no sé yo decir’, ‘diferentísimas’..., reveladores todos de la distancia insalvable entre lo experimentado y lo relatado. (Escrita en Sevilla, 1576, a requerimiento de los inquisidores andaluces; también reportado en el *Libro de la Vida* y en *Las Moradas*): “Otra manera harto ordinaria de oración es una manera de herida, que parece al alma como si una saeta la metiesen por el corazón, o por ella misma. Así causa un dolor grande que hace quejar, y tan sabroso, que nunca querría le faltase. Este dolor no es en el sentido, ni tampoco es llaga material, sino en lo interior del alma sin que parezca dolor corporal, sino que, como no se puede dar a entender sino por comparaciones, pónense éstas groseras -que para lo que ello es lo son, mas no sé yo decirlo de otra suerte-; por eso no son estas cosas para escribir ni decir, porque es imposible entenderlo sino quien lo ha experimentado, digo adonde llega esta pena, porque las penas del espíritu son diferentísimas de las de acá...”<sup>92</sup>. No es teología al uso, no es

<sup>90</sup> *Vida*, 27,6. Tratando de las ‘hablas’ de Dios al alma, aclara: “Son unas palabras muy formadas, mas con los oídos corporales no se oyen, sino entiéndense muy más claro que si se oyesen; y dejarlo de entender, aunque mucho se resista, es por demás. Porque cuando acá no queremos oír, podemos tapar los oídos, o advertir a otra cosa, de manera que, aunque se oiga, no se entienda. En esta plática que hace Dios al alma no hay remedio ninguno, sino que, aunque me pese, me hacen escuchar y estar el entendimiento tan entero para entender lo que Dios quiere entendamos, que no basta querer ni no querer”. *Vida*, 25,1.

<sup>91</sup> Una genial obra artística, que ha contribuido a una errática lectura de lo transmitido por Teresa de Jesús, propiciando una comprensión ‘materializada’ y ‘externalizada’ de la gracia vivida. Cf. MÓNICA BALLTONDRE, *Éxtasis y visiones. La experiencia contemplativa de Teresa de Ávila*, Erasmus Ediciones, Villafranca del Penedés, 2012, pp. 114-128.

<sup>92</sup> *Cuentas de conciencia* 54<sup>a</sup>, 14. EDE, p. 1027-1028; *Vida*, 29,13; *6M*, 11,2-3.

especulación sobre la gracia; es una vivencia, es experiencia del Dios-Amor, a cuya descripción no alcanzan las palabras, pero a la vez es el medio aunque insuficiente para dar noticia de la misma.

Los cuatro últimos capítulos del *Libro de la Vida*, dedicados a narrar las mercedes que Dios le hizo y los efectos (los ‘dejos’) que dejaron en la autora, son testigos elocuentes del abismo que percibe entre lo vivido y lo contado, rindiéndose ante cometido desbordante y desigual. La escritora mística una y otra vez se enfrentará a la compleja cuestión de ‘dar a entender’, asumiendo la desproporción existente entre lo experimentado y los límites del discurso humano. Leemos en el capítulo 38, a propósito de una visión del cielo: “Quisiera yo poder dar a entender algo de lo menos que entendía y, pensando cómo puede ser, hallo que es imposible; porque en sólo la diferencia que hay de esta luz que vemos a la que allá se representa, siendo todo luz, no hay comparación, porque la claridad del sol parece como muy desgustada. En fin, no alcanza la imaginación, por muy sutil que sea, a pintar ni trazar cómo será esta luz, ni ninguna cosa de las que el Señor me daba a entender con un deleite tan soberano, que no se puede decir; porque todos los sentidos gozan en tal alto grado y suavidad, que ello no se puede encarecer, y así es mejor no decir más”<sup>93</sup>. A la misma conclusión llega San Juan de la Cruz en el comentario a la canción 4<sup>a</sup> de *Llama de amor viva*, optando por la interrupción brusca del escrito<sup>94</sup>.

#### - *Deseos de comunicar el bien*

Es comprensible la encrucijada de la madre Teresa que, por temperamento natural, por obedecer a los confesores, mas también por indicación divina, ha de poner manos a la obra, esforzándose por ‘darnos a entender’ lo que ella ha percibido en su conciencia. El ente-

<sup>93</sup> *Vida*, 38,2. Tras una gracia mística en que veía todas las cosas en Dios, confiesa: “Saber escribir esto, yo no lo sé; mas quedó muy imprimido en mi alma”. *Vida*, 40,9. Ante una visión del trono de Dios rodeado de ángeles: “La gloria que entonces en mí sentí no se puede escribir ni aun decir, ni la podrá pensar quien no hubiere pasado por esto”. *Vida*, 39,22.

<sup>94</sup> “Porque, siendo la aspiración llena de bien y gloria, la llenó de bondad y gloria el Espíritu Santo, en que la enamoró de sí sobre toda lengua y sentido en los profundos de Dios. Y por eso, aquí lo dejo”. JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva* (A), 4,17.



ro legado teresiano surge al amparo de tres iniciativas: sus confesores, Dios y la misma Teresa de Jesús, agraciada con el don de escribir, al que no puede resistirse. Es consciente de lo ‘provechoso’ de su relato para otros<sup>95</sup>; aspira a convencer al lector de que el Dios generoso, que tan espléndidamente se volcó en ella, está deseoso de repetirlo, si hallare quien se disponga. Lo manifiesta explícitamente a quienes sienten la tentación (falsa humildad) de abandonar la oración por no corresponder a la generosidad divina: “Escribolo para consuelo de almas flacas como la mía, que nunca desesperen ni dejen de confiar en la grandeza de Dios. Aunque después de tan encumbradas (como es llegarlas el Señor aquí) caigan, no desmayen, si no se quieren perder del todo... Una de las cosas por qué me animé (siendo la que soy) a obedecer en escribir esto y dar cuenta de mi ruin vida y de las mercedes que me ha hecho el Señor, con no servirle, sino ofenderle, ha sido ésta; que, cierto, yo quisiera aquí tener gran autoridad para que se me creyera esto”<sup>96</sup>. Unos pocos en vida, y muchos más tras la muerte de la autora, se han rendido al magisterio teresiano, creyendo en la verdad y sublimidad de su doctrina.

Es inherente al bien la aspiración a comunicarse; y comunicándose aumenta su bondad. La carmelita se resiste a retener para sí las mercedes que Dios le concede; la función de mistagoga (contagiar la experiencia de Dios) la cumple de manera casi espontánea, pero atenta a la voz del Señor: “Había una vez estado así más de una hora, mostrándome el Señor cosas admirables, que no parece quitaba de cabe mí. Díjome: ‘Mira, hija, qué pierden los que son contra mí; no dejes de decírselo’”<sup>97</sup>. Es Dios quien insta a la monja descalza a hablar a los hombres; ella actúa de embajadora, de portavoz del Padre del cielo. En el Prólogo que antepone al relato autobiográfico concede que las páginas que siguen son consecuencia de obedecer a los confesores, pero de paso deja caer esta otra causa: “Aun el Señor sé

<sup>95</sup> En los epígrafes que encabezan los capítulos no suelen faltar términos de propaganda y alentadores para la lectura de lo que sigue: ‘es muy provechoso’, ‘es harto de notar’, ‘es de mucha admiración’, ‘tiene buena doctrina’...

<sup>96</sup> *Vida*, 19,3-4

<sup>97</sup> *Vida*, 38,3. En el libro de las *Moradas* armoniza tales dependencias, para salvaguardar la obediencia y el respaldo divino: “Podrá ser haber ordenado nuestro Señor que me lo mandasen escribir”. *5M*, 4,10.

yo que lo quiere muchos días ha”<sup>98</sup>; claro que el querer de Dios coincide con el querer de Teresa.

Asume, no sin recelo, el que su situación natural la condiciona a la hora de poder expresar en todo su vigor la sublime grandeza de un Dios que se vuelca sobre una criatura tan ruin como ella, a la vez que para poner al descubierto las mentiras sobre las que se asienta la ‘honra’ del mundo. El veto de predicar desde los púlpitos o de impartir doctrina desde las cátedras, no le ahorra el desahogo literario ante su Majestad, aunque se le antoja que sus destinatarios más apropiados serían los que gobiernan este mundo, por la responsabilidad y ejemplaridad que les atañe: “¡Oh Señor!, si me dierais estado para decir a voces esto, no me creyeran, como hacen a muchos que lo saben decir de otra suerte que yo; mas al menos satisfaciérame yo. Paréceme que tuviera en poco la vida por dar a entender una sola verdad de éstas; no sé después lo que hiciera, que no hay que fiar de mí. Con ser la que soy, me dan grandes ímpetus por decir esto a los que mandan, que me deshacen. De que no puedo más, tórnome a vos, Señor mío, a pedirlos remedio para todo”<sup>99</sup>. A falta de hipotéticos destinatarios del entorno, siempre le que dirigirse al mejor interlocutor y amigo, a su Majestad.

- *Al dictado de Dios*

Tanto en la *Autobiografía* como en *Camino de Perfección* insiste en que ‘deprendió’ su ‘mística teología’ de labios del mejor Maestro: Cristo. Él fue quien le enseñó el contenido y el continente (la materia y su formulación). Hoy se conoce que, en buena medida, Teresa de Jesús es autodidacta, por cuanto que, aunque se sirvió de textos y consultó a teólogos y confesores, su experiencia mística desbordó el contenido y el saber de los mismos, pasando a depender de la fuente de la sabiduría, que es su Majestad, Cristo. Nos lo confiesa abiertamente: “Hartos años estuve yo que leía muchas cosas y no entendía nada de ellas. Y mucho tiempo que, aunque me lo daba Dios, palabra no sabía decir para darlo a entender; que no me ha costado esto poco trabajo. Cuando su Majestad quiere, en un punto lo enseña todo, de manera que yo me espanto. Una cosa puedo decir con verdad: que,

<sup>98</sup> *Vida*, Prólogo, 2.

<sup>99</sup> *Vida*, 21,2.

aunque hablaba con muchas personas espirituales, que querían darme a entender lo que el Señor me daba, para que se lo supiese decir y es cierto que era tanta mi torpeza, que poco ni mucho me aprovechaba; o quería el Señor, como su Majestad fue siempre mi maestro (¡sea por todo bendito, que harta confusión es para mí poder decir esto con verdad!), que no tuviese a nadie que agradecer. Y sin querer ni pedirlo (que en esto no he sido nada curiosa porque fuera virtud serlo, sino en otras vanidades), dármelo Dios en un punto a entender con toda claridad y para saberlo decir, de manera que se espantaban y yo más que mis confesores, porque entendía mejor mi torpeza. Esto ha poco; y así, lo que el Señor no me ha enseñado no lo procuro si no es lo que toca a mi conciencia”<sup>100</sup>. No deja de asombrar el que una mujer perteneciente a una época donde la sospecha se cernía sobre todo escrito espiritual femenino, adopte semejante osadía teológica, equiparando la valía de sus páginas a la inspiración bíblica; mas también es confesión de humildad al situar en el platillo divino el mérito de lo que compone, por lo que la deuda para con Dios no deja de crear, para confusión de un alma que quiere ser agradecida.

Si la habilidad humana parece insuficiente para expresar lo experimentado (cuarto grado de oración: el agua de lluvia que riega el huerto), queda el recurso al dictado divino, garante del buen decir: “cuando comencé esta postrera agua a escribir, que me parecía imposible saber tratar cosa más que hablar en griego, que así es ello dificultoso. Con esto lo dejé y fui a comulgar. Bendito sea el Señor que así favorece a los ignorantes. ¡Oh virtud de obedecer, que todo lo puedes! Aclaró Dios mi entendimiento, unas veces con palabras y otras poniéndome delante cómo lo había de decir; que, como hizo en la oración pasada, su Majestad parece quiere decir lo que yo no puedo ni sé. Esto que digo es entera verdad, y así lo que fuere bueno es suya la doctrina; lo malo, está claro, es del piélagos de los males, que soy yo”<sup>101</sup>.

<sup>100</sup> *Vida*, 12,6; 25,1; 6*M* 10,2.

<sup>101</sup> *Vida*, 18,8. Una vez declarado el tercer grado de oración (sueño de las potencias: riego del huerto por el agua del río o arroyo), concluye: “Parece ha querido el Señor declarar estos estados en que se ve el alma -a mi parecer- lo más que acá se puede dar a entender. Trátele vuestra merced con persona espiritual que haya llegado aquí y tenga letras. Si le dijere que está bien, crea que se lo ha dicho Dios y téngalo en mucho a su Majestad”. *Vida*, 17,8.

En el penúltimo capítulo de la *Autobiografía* hallamos la siguiente declaración acerca de la 'autoría' de las páginas que está por concluir, en rigor, no siempre suya, pues contó con una ayuda extra que sostenía el ánimo y el entendimiento de la escribiente: "Que muchas cosas de las que aquí escribo no son de mi cabeza, sino que me las decía este mi Maestro celestial; y porque en las cosas que yo señaladamente digo: 'esto entendí', o 'me dijo el Señor', se me hace escrúpulo grande poner o quitar una sola sílaba que sea"<sup>102</sup>. Con el paso del tiempo y el ahondamiento en la comunicación con Dios, el arte de entender las mercedes y de darse a entender, alcanzará alturas insospechadas para una mujer del siglo XVI<sup>103</sup>.

- *Bajo la inspiración del Espíritu Santo*

Y todavía un paso más. El legado teresiano está salpicado de expresiones en que deja constancia de la insuficiencia de las tácticas humanas a la hora de transcribir ciertas vivencias sublimes. Llegado un momento le resulta del todo imposible con las categorías a su disposición dar cuenta de las mercedes con las que se ve inundada. Si lo intenta, y hasta donde logra el propósito, se debe, según ella, a la acción de un agente superior, a la iluminación de Espíritu Santo, que potencia las facultades de quien redacta, con lo que la responsabilidad de lo escrito queda compartida entre la carmelita y la inspiración divina. Tenemos la confesión de Teresa al concluir las quintas moradas: "Plega a Él que acierte yo a declarar algo de cosas tan dificultosas; que, si su Majestad y el Espíritu Santo no menean la pluma, bien sé que sería imposible"<sup>104</sup>.

El teólogo fray Luis de León, primer editor de los textos teresianos, se vio compelido a corroborar el aserto teresiano, como ex-

<sup>102</sup> *Vida*, 39.8. Desarrollando la oración de quietud (segundo grado del huerto) confiesa: "Porque veo claro no soy yo quien lo dice, que ni lo ordeno con el entendimiento, ni sé después cómo lo acerté a decir. Esto me acaece muchas veces". *Vida*, 14,8.

<sup>103</sup> Cf. *Vida*, 30,4. A la hora de cerrar el *Camino de perfección*, y hacer balance del mismo, no tiene reparos en advertir: "Bien sabe su Majestad que mi entendimiento no es capaz para ello si él no me enseñara lo que he dicho". *Camino de perfección* (V), 42,6.

<sup>104</sup> *5M*, 4,11. Cf., *4M*, 1,1; *Vida*, 38,9-10.

cepcional: “En los cuales [textos], sin ninguna duda, quiso el Espíritu Santo que la madre Teresa fuese un exemplo rarísimo: porque en la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza, y claridad con que las trata excede a muchos ingenios... Y ansí siempre que los leo, me admiro de nuevo; y en muchas partes de ellos me parece que no es ingenio de hombre el que oygo; y no dudo sino que hablaba el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que le regía la pluma y la mano, que ansí lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscuras, y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee”<sup>105</sup>.

No falta una pizca de vanidad femenina, puesta de manifiesto en aceptar sin remilgos la complacencia divina con su proceder literario, y en dejarnos constancia de la misma. Recurriendo a la alegoría del ‘ave fénix’ para dar a entender la metamorfosis que el amor de Dios es capaz de obrar en el hombre viejo para que surja el hombre nuevo, recibió la anuencia del Señor con este reconocimiento: “Buena comparación has hecho; mira no se te olvide para procurar mejorarte siempre”<sup>106</sup>. Es el espaldarazo divino al acertado, osado y sorprendente ‘decir’ de la mística castellana.

<sup>105</sup> FRAY LUIS DE LEÓN, *Los libros de la madre Teresa de Jesús*. Edición príncipe, Salamanca 1588, p. 8-9.

<sup>106</sup> *Vida*, 39,23.